

Cuando tú no estás

 Vicente Montañés
 

Grandes cuentos chilenos del siglo XX

Camilo Marks (compilador). Editorial Sudamericana, 2002, 282 páginas.

Es una ley no escrita que las antologías, caprichosas por definición, deben siempre disimular su arbitrariedad, pero al muy nombrado crítico Camilo Marks, compilador de "Grandes cuentos chilenos del siglo XX", estas buenas maneras parecen tenerlo sin cuidado. Y no sólo eso: sus esperables antojos se engalanan con ausencias de primera línea, como los clásicos María Luisa Bombal y Manuel Rojas, o Roberto Bolaño y José Miguel Varas, hoy a la cabeza del género en nuestro país.

Antes de que le digan nada, eso sí, el antologador intenta hacerse perdonar estas omisiones ("lagunas", que dicen los maricas", según el viperino Paco Umbral), inadmisibles en cualquier panorámica del cuento en Chile. Como gato de espaldas, Marks acusa a tal o cual

editorial por mezquinar los derechos de publicación de, por ejemplo, "Laguna", de Rojas, o "Trenzas", de Bombal. Sus arañazos dan que pensar: si no hizo valer sus pergaminos, ¿por qué insistió en un proyecto que reconoce abortado? En vez de publicar una antología sin Olegario Lazo, Oscar Castro y Guillermo Blanco (ya que a éstos el crítico tampoco se los pudo "conseguir"), y sin los mencionados Bombal, Rojas, Varas y Bolaño, mejor habría sido

-en una de éstas- confeccionar una "lista ideal", difundirla por internet y que cada lector se las arregle como pueda.

A los derechos negados Marks añade otro resquicio: ciñéndose a un desconcertante criterio de territorialidad, incorporó en su nómina sólo "cuentos escritos y publicados en Chile" (¿cómo sabe dónde

fueron escritos?), dejando fuera, de taquito, a un narrador tan original como Bolaño, aunque también -¿feliz carambola?- a Isabel Allende y Luis Sepúlveda, nuestra dupla mágico-realista de exportación.

Vivos o muertos, los figurantes "efectivos" de esta selección suman veinticuatro, y van de Baldomero Lillo a Alberto Fuguet, de Marta Brunet a Poli Délano, pasando por Augusto D'Halmar, José Donoso, Jorge Edwards, José Santos González

Vera, Antonio Skármeta, Jaime Collyer y otros de variada sensibilidad y prosapia. Bonito elenco, pero ni aun así: con más arte que parte, los cuentos se acumulan sin un hilo conductor (como no sea el orden alfabético por autores, auténtica muestra de la sagacidad de Marks) ni un rasgo discernible que le

Con más arte que parte, los cuentos seleccionados por Camilo Marks se acumulan sin un hilo conductor ni un rasgo discernible que le otorgue significado al conjunto.

otorgue significado al conjunto.

Cuando ese factor de unidad no resulta evidente, es tarea del antologador "descubrirlo" o "inventarlo", con habilidad e ingenio, mediante algún orden temático o un iluminador comentario anexo. Pero aquí la "Nota preliminar", los "Agradecimientos" y el "Prólogo" son una empalagosa ordalía: lejos de darle un sentido a la compilación, Marks irrita al lector con melindres, justificaciones y aspavientos (y con errores de bulto, como atribuirle a Claudio Giacconi libros que no escribió).

El renombrado crítico confiesa su opción por cuentos rara vez antologados (¿por qué lamenta, entonces, no contar con "El padre", de Lazo, o "Adiós a Ruirbarbo", de Blanco?): un noble propósito, pero, ¿tenía que escoger de Gonzalo Contreras el rebuscado "¡Oh!, colibrí", habiendo escrito este autor otros relatos con más nervio? Ya que por falta de voluntad, mala suerte o fatiga intelectual Marks no logró reunir a todos los que debían ser, ojalá hubiera mejorado la puntería con los privilegiados que le quedaron.